

diciones que me dirigen los que sufren. Son valiosísimos, pero valen más las sandalias.

Al otro día llevó el ángel globitos de brillantes. Puestos en la balanza, el platillo bajó hasta el suelo.

Estos son actos de alegre conformidad con la divina voluntad, aun en medio de los más hondos sufrimientos. Ya están superabundantemente pagadas las sandalias y el caritativo Isaac maduro para el cielo.

Le llevarás al Seno de Abraham para que allí espere mi gloriosa resurrección y entre conmigo triunfante al paraíso.



MOLDES DE ANTAÑO Y MOLDES DE HOGAÑO

I

Muerto el padre de Victor Olvera, no quedaron á éste más bienes que un depósito de algunos miles de pesos, hecho en una fuerte casa de la capital de la República. Los gastos de una prolongada enfermedad y los malos negocios acabaron con los demás recursos del finado, que en un tiempo fueron de cuantía.

Victor, después de enterrar á su padre, á quien amó entrañablemente, y de guardarle los días de riguroso luto, reunió el dinero que le quedaba y partió á México con los documentos necesarios para recoger el depósito, y decidido á volverse á su tierra natal y establecerse en ella.

Con el ánimo contristado aún por la irreparable pérdida del autor de sus días,

llegó á la gran ciudad, que por vez primera visitaba y cuya belleza le impresionó vivamente.

Víctor tenía juventud, hermosura y un corazón puro en el cual ni los vicios, ni las malas pasiones habían hecho el menor extrago; pero sobre todo, tenía carácter, un carácter recto, enérgico y perseverante, prenda de altísimo valor en todo tiempo, pero más hoy que tanto escasea.

Al siguiente día de su llegada á la gran ciudad, preparaba los documentos justificantes de su crédito, cuando tuvo la noticia de que la casa Armida y Valenzuela, donde se había hecho el depósito, estaba concursada. Tal noticia impresionóle de pronto, pero serenóse luego, pues la razón natural decíale que un depósito regular, hecho con las formalidades legales, no podía entrar en concurso, y dirigióse tranquilo á la casa quebrada. Le recibieron mal, y después de acalorada disputa, despacháronle con el Síndico del concurso, un abogado de muchas campanillas y de gran influencia política.

El joven provinciano llevaba una carta de recomendación para un docto sacerdote, carta que le había dado el cura de la parroquia de Víctor, en la ciudad del Saltillo.

Juzgó prudente, antes de ver al Síndico, presentar dicha carta dirigida al Padre

Cervantes. Este recibióle cariñosamente y le aconsejó que se valiera de un abogado para el feliz y pronto arreglo del asunto, que á la capital le había llevado, pues de otra manera, le sería muy difícil arreglarlo con la brevedad que él deseaba.

—Aquí, le dijo, se vive aprisa, muy aprisa, para todo lo que es placer. La vida se desliza vertiginosa entre un agitado mar de concupiscencias; pero se camina muy despacio en los negocios, especialmente en los judiciales. Pocos días hace que para embargar á un deudor tramposo, el acreedor vióse obligado á remunerar con una fuerte suma á un abogado influyente, y éste logró lo que los otros lograr no pudieron, no obstante de fundar en clarísima ley su derecho.

—¿Puede usted recomendarme con algún abogado?

—Sí, señor, con mucho gusto. Voy á dar á usted una tarjeta para el Lic. Pereira.

Mientras el padre escribía, Víctor meditaba. Comprendió que iba á tener muchas dificultades y que aún se burlarían del payo como le habían llamado los dependientes de la casa concursada.

El Padre Cervantes entregó á su recomendado la tarjeta, se ofreció á sus órdenes y prometióle ayudarle en cuanto pudiera.

—¿Le parece á usted conveniente que hable con el Síndico? interrogó Víctor.

—No será por demás, repuso el sacerdote.

Y Víctor despidióse y sin pérdida de tiempo se dirigió á la casa del Síndico.

II

Don Emeterio Basurto y Quintanilla, abogado de los tribunales de la República; durante su juventud, inamovible diputado al Congreso de la Unión y en su vejez, senador, también inamovible, dormía aún á las diez de la mañana. Víctor esperó largo rato; pero viendo que el despertar de aquel justo—digo, piadosamente juzgando—dilatara más de lo que anhelaba el ansia del joven, fuese á ver al abogado que le recomendó el sacerdote, un señor don Melchor Pereira, que empezaba su carrera con buen éxito, debido, más que á su talento, á la protección con que le favorecían influyentes personajes. Mas el señor Lic. Pereira dormía aún como el viejo senador.

Víctor esperó un rato, pero sospechando que el despertar del joven sería tan tardío como el del viejo, dejó la tarjeta á un escribiente que en el despacho estaba dando conversación á la numerosa clientela

que esperaba el despertar del jurisconsulto.

—Sírvasse usted avisarle, díjole Víctor, que dentro de una hora volveré.

—Está bien, señor.

El joven, que para ir á la casa del Lic. Pereira había tomado el tranvía, volvióse á pie á la casa del licenciado Basurto, sin apresurar el paso, para dar tiempo á que éste se levantara. Llegó y preguntó al portero por el señor licenciado.

—Acaba de salir.

—¿A qué hora volverá?

—Entre dos y tres de la tarde. Fué á los tribunales; allí puede usted encontrarle, ó en el salón Bach, de las doce en adelante.

Víctor se mordió el labio inferior sin responder ni una palabra; tomó el tranvía y regresó á casa del licenciado Pereira.

—¿Se levantó ya el señor licenciado? preguntó al escribiente.

—Sí, señor, le di la tarjeta de usted; pero tuvo urgente necesidad de salir. Fué al Juzgado sexto de lo Civil á una importante diligencia; allí le puede usted encontrar hasta las doce, y después en el salón Bach.

El provinciano rascóse con impaciencia la frente, y fuése al hotel con ánimo de comer á buena hora para dedicarse á buscar á aquel par de abogados.

No parecióle á propósito una cantina por elegante que fuese, para tratar su negocio y volvió á las casas de los abogados hasta fastidiarse sin lograr verlos.

A las tres de la tarde, estaban comiendo.

A las cuatro, durmiendo la siesta. La siesta, decía el portero, y debía de ser cierto.

A las cinco, habían salido en automóvil á tomar el fresco al Paseo de la Reforma.

A las seis probablemente andaban por la calle de Plateros.

A las siete, en el Salón Bach.

A las ocho, cenando.

A las nueve, en el teatro.

¡Oh, Dios, pasó una semana lo mismo que el primer día, y el joven no logró hablar con los abogados!

El Padre Cervantes le aconsejó que les hablara en el Salón Bach, que en la capital frecuentemente se arreglaban los negocios, aun los de mayor importancia, en las cantinas, entre copa y copa. Víctor siguió el consejo y encaminóse á la aristocrática cantina minutos antes de las doce.

—¿Ha venido por aquí el licenciado Bar surto?

—No tardará en llegar.

—¿Y el licenciado Pereira?

—Llegará luego también.

Apenas acababa Víctor de interrogar

cuando el dependiente agregó, señalando con la vista á un joven que entraba:

—Allí le tiene usted.

Víctor volvió los ojos y fijólos en el señor licenciado Melchor Pereira. Era un hombre de escasa talla, ancha frente, ojos oscuros, pequeños y bailadores, y completamente afeitado á lo McKinley, pues esclavo de la moda se raturaba diariamente cortando con ahinco el bigote que es uno de los más hermosos adornos del hombre.

El payo, después de examinar al abogado con una rápida mirada, dirigióse hacia él.

—¿Es usted el señor licenciado Pereira? le interrogó.

—Servidor de usted. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Con Víctor Olvera.

—¡Ah, señor don Víctor! recibí la tarjeta de mi buen amigo el Padre Cervantes. Los negocios judiciales impidieronme esperar á usted. Me tiene incondicionalmente á sus órdenes. ¿Qué negocio le trae á la capital? Pero antes de hablar tomaremos un aperitivo. ¿Qué le sirven á usted?

—Lo que usted guste, contestó Víctor, pareciéndole que no debía excusarse.

—Sirvanos usted, dijo el licenciado al cantinero, un coñac Martel.

Los jóvenes sentáronse junto á una me-

sita de mármol y el dependiente colocó sobre ella las copas.

—Salud, dijo Pereira, apurando de un sorbo el coñac.

—Salud, contestó Víctor inclinándose ligeramente la cabeza, y también apuró la copa.

—Con que vamos á ver, ¿cuál es el negocio de usted?

—Muy sencillo. Sírvase usted imponerse de estos documentos.

El abogado leyó los papeles que en sus manos puso Víctor.

—Tiene usted razón. Aquí está la cesión del depósito á favor de usted; la constancia de la respectiva notificación. Este es el documento de depósito regular hecho con todos los requisitos legales.

—¿Crée usted que no habrá dificultad?

—Ninguna.

—Déjeme usted los documentos y tenga la bondad de ir con un recado mío al oficio del Notario Palacios, para que extienda á mi favor un poder especial. Si no entregan el depósito procederé sin pérdida de tiempo á exigirlo judicialmente.

El licenciado Pereira sacó un bloque de hojas de papel impresas en la parte superior con su nombre y dirección, y entregó á Víctor el recado para el Notario, diciéndole la calle y número de la Notaría de éste.

—¿Cuándo verá á usted? dijo Víctor poniéndose en pie.

—Pasado mañana.

—¿Dónde?

—En mi despacho antes de las once, o aquí á las doce.

—Está bien, adiós.

—¿No toma usted otra copita?

—Gracias. Adiós.

—Hasta pasado mañana. Y dígame usted al Padre Cervantès que le agradezco la recomendación de persona tan honorable como usted, y le repito que cuenta incondicionalmente conmigo. Mi casa es la casa de usted y yo su servidor.

—Igualmente lo soy yo de Ud. Aquí en el número 8 del hotel San Carlos, y en Saltillo, en la casa número 15 de la calle de Ramos Arizpe, me tiene usted á sus órdenes.

Los jóvenes se dieron un fuerte apretón de manos.

III

El día de la cita no estuvo el licenciado Pereira, ni en su casa, ni en la cantina, y Víctor buscó en vano todo el día y algunos otros más. Había desistido de su propósito de ver al Síndico del concurso, tanto por la dificultad de encontrarle en su casa, como también por no creerlo absolu-

tamente necesario en vista de la opinión del licenciado Pereira.

Una noche vió á éste entrar al teatro "Virginia Fábregas," y fué al espectáculo con la intención de hablar con el señor licenciado.

En el primer entreacto fué á saludarle. El abogado recibióle con su exagerada cortesía, llena siempre de almibaradas frases; pero Víctor, que era bastante perspicaz, notó vacilaciones y retiscencias en cuanto al negocio se refería.

—Usted me aseguró que todo estaba en regla, dijo Víctor.

—Sí, pero hay ciertas cosillas. Las dificultades en un concurso son siempre numerosas. Por mi parte haré cuanto pueda. Justamente ayer me habló mi señor compañero, el licenciado Basurto, de terminar el concurso por medio de un arreglo extrajudicial. Nos ha citado á una junta que se verificará mañana á las cuatro en la casa del compañero. Allí estaré para representar y defender los derechos de usted.

—Pero si mi crédito no puede entrar al concurso.

—Es el punto que dilucidaremos en dicha junta.

—Pues bien, iré a esa junta.

—No es necesario tengo el poder de

usted; pero si desea ir, vaya usted, tendré mucho gusto.

Pronunció Pereira las últimas palabras tragando saliva, y como esforzándose para decirlas, circunstancia que no pasó desapercibida para Víctor.

—Y bien, ¿cuándo sabré la resolución?

—Pasado mañana, á las once, espero á usted en mi despacho.

—¿Le encontraré á usted?

—Sin duda.

La campanilla anunció que iba á empezar el segundo acto, y abogado y cliente despidiéronse.

Aquella noche Víctor dilatose algo en conciliar el sueño. Las vagas palabras de Pereira relativas al depósito, infundiéronle desconfianza. Había oído referir tantas cosas de los negocios judiciales en la capital, cosas que los provincianos exageran, pero que tienen mucho de verdad, que empezó á temer por la parcial ó la total pérdida de aquel depósito, que era su único patrimonio. Los recursos que había traído no eran abundantes y apenas le bastarían para vivir económicamente en México algunos meses. ¿Qué iba á hacer si el negocio se prolongaba indefinidamente?

Conturbado con tal pensamiento, encaminose á la casa del Padre Cervantes.

El sacerdote recibióle con su habitual benevolencia. El joven refirióle circuns-

tanciadamente los acontecimientos y le expuso sus temores y desconfianzas.

Oyóle el Padre con suma atención, y concluido que hubo, exhaló hondo y prolongado suspiro.

—Mal anda el negocio de usted. El licenciado Basurto, por sus relaciones con encumbrados próceres, su prestigio de sagaz político y sus numerosos triunfos profesionales, es un abogado influyente, dominante, avasallador. El mayor número de veces, basta su sola presencia para amilanar á los jueces, y en cuanto á los demás abogados prefieren tenerle por amigo, y fácilmente ceden á las exigencias de Basurto no siempre justas, particularmente sus protegidos, como el licenciado Pereira. Si yo hubiera sabido quién era el Síndico del concurso no le hubiera recomendado con ese joven.

—¿Pero es posible, repuso Víctor, indignado, que nada valgan ni la justicia ni el derecho?

—Aconsejo á usted, respondió el Padre con acento de profunda convicción, que transija en las mejores condiciones posibles; de otra manera perderá usted todo su depósito, y si algo de él recoge, será poco para pagar los gastos que haga.

—¿En vez de alentarme para luchar por la justicia, me impulsa á que ceda cobarde á las maquinaciones de los codiciosos? No

lo haré jamás, clamó Víctor en un arranque de natural franqueza y de ofendida dignidad.

—Hijo, repuso humildemente el Padre, esta asfixiante atmósfera nos sofoca á todos. Tiene usted razón.

—Perdone usted, no he querido ofenderle.

—Lo sé, hijo mío. Me olvidaba de que Dios no ha roto aún el molde en que fueron vaciados muchísimos de nuestros antepasados. Tipos viriles, llenos de dignidad y de grandeza, y no tipos sin carácter, infelices degenerados que en asquerosos montones pululan en las grandes ciudades y no faltan en las pequeñas. Retiró mi consejo. Reclame usted su derecho con toda la energía de su carácter.

—Sí, Padre, lo reclamaré. Tomo desde luego la resolución de ir esta tarde á la junta. Bien conocí que mi abogado no quiere que vaya, pero iré. Hace allí falta alguno á quien no ofusquen los esplendores de los poderosos.

—Dios bendiga á usted y le ayude en todo, dijo el Padre Cervantes, enternecido de ver frente á él á una payo tan digno de llamarse hombre.

Y Víctor salió de la casa del sacerdote conociendo ya con intuitiva mirada la situación en que se encontraba.

IV

Acaban de dar las cuatro de la tarde. Don Emeterio Basurto y Quintanilla, abogado de los tribunales de la República, y política lumbrera, según la pública fama, arrellenado en un cómodo sillón, á la cabecera de la sala y frente á una mesa con papeles y libros, mira grave y majestuoso á los concurrentes, algunos sentados ya, con la cabeza baja, y otros que van paulatinamente llegando, hacen una reverencia y toman tímidamente asiento.

Allí está ya el licenciado Pereira, cerca del Síndico; no tiene el encogimiento de los otros, pero no le abandona la adulatora sonrisa, que llega hasta la bajeza cuando la dirige á su compañero y amigo, el honorable señor Síndico. Este pasea la mirada fría y desdeñosa por los concurrentes, atúzase el cano bigote y dice con sequedad:

—Daremos principio á la junta.

En esos momentos preséntase Víctor en el salón. Los abogados Basurto y Pereira simultáneamente fruncen el ceño; los demás se fijan en el desconocido, cuya natural actitud les parec insultante.

—Buenas tardes, señores, dijo Víctor con voz limpia y sonora, que llenó todo

el salón, y sin esperar respuesta, sentóse en el primer asiento desocupado.

Los abogados Basurto y Pereira hablaron en voz baja algunos momentos, después de los cuales el primero dijo con voz grave y pausada:

Señores: La junta por mí promovida con el carácter de Síndico del concurso de la casa comercial de Armida y Valenzuela, tiene por objeto procurar un arreglo extrajudicial entre los acreedores de la casa fallida, arreglo que pondría inmediatamente término á procedimientos judiciales lentos y dispendiosos. Por los datos que hasta hoy tengo en cartera, y los que suministra el expediente, todos los créditos exceptuando los indispensables gastos de seguridad y conservación de los bienes y el fuerte crédito procedente de un depósito, que representa el señor Menéndez y Quijar, están, poco más ó menos, en el mismo grado, motivo por el cual propongo que pagados los gastos y el referido depósito, se distribuya el sobrante entre los demás acreedores. Con este arreglo podrán obtener un veinte por ciento de pago, mas si continúa el juicio de concurso, mucho me temo que no logren ni aun la mitad de lo que hoy lograrían.

El nombre de Menéndez y Quijar fué enfáticamente pronunciado por el Síndico,

y causó en los concurrentes el efecto por aquél previsto, pues el tal Menéndez y Quijar era un coloso en el mundo del dinero y de la política. ¿Quién iba á malquistarse con tan empingorotado señorón?

El señor licenciado Basurto quedóse mirando á los circunstantes con una imponente mirada de mando.

—¿Qué dice usted? preguntó al acreedor que á su diestra mano estaba.

—Que estoy conforme, contestó el interpelado tartamudeando.

—¿Y usted?

—¿Y usted? continuó dirigiéndose sucesivamente á los demás acreedores, según el orden en que estaban sentados.

Un "conforme," ora entrecortado, ora apenas perceptible, ora sonoro, salió á su turno de los labios de todos los concurrentes. Solamente á Víctor no interpeló el Síndico.

Por último, interpeló al licenciado Pereira:

—¿Y usted, señor compañero?

—El señor Olvera, que está presente, contestó Pereira como para disculparse de no dar un "conforme" tan terminante como el de los demás acreedores, cree tener un crédito privilegiado.

Víctor no pudo ya guardar silencio, púsose en pie y pidió la palabra.

El Presidente se la concedió. ¿qué podía decir el payo?

—El señor licenciado Pereira, dijo Víctor con firme acento, se ha equivocado, no sé si casual ó intencionalmente. No creo tener un crédito privilegiado, sino que tengo un depósito que no debe entrar al concurso. Tal fué la opinión del señor licenciado. Además, es un negocio tan claro conforme á mis documentos, que ni siquiera admite discusión.

Oyóse en el concurso un rumor. Se murmuraba de la arrogancia del payo. El licenciado Basurto, sin manifestar la menor sorpresa, dijo á Víctor: ¿En dónde están sus documentos?

—Los entregué al señor licenciado Pereira. Que se les dé lectura.

—Creo que es por demás, dijo un viejo con cara de perenne orgía. Nosotros protestamos contra la prelación y el reconocimiento de tal crédito.

—Que se firme la escritura del arreglo que se acaba de celebrar, clamó entre regüeldos otro vejete de elevado vientre y carcomida nariz, sin levantarse de su asiento.

—Que se firme, gritaron á una los demás concurrentes.

—Sí, señores, repuso el Síndico y quedan á salvo los derechos del señor Olvera

para que los haga valer ante los tribunales.

—El caso que le harán éstos, murmuró para sí, y en voz apenas perceptible, un joven que cerca de Víctor estaba. Este, que permanecía aún en pie, dijo con voz vibrante:

—¿Qué es esto, señores? ¿Así se viola el derecho en una ciudad que de culta blasona? ¿Es posible que todos se humillen ante la tiranía de la influencia? Haré valer mis derechos á despecho de todos.

Un lagartijo enclenque y pálido, con la palidez del vicio, que apenas asomaba la diminuta cabeza por el gigantesco cuello de la camisa, con voz atiplada, dijo:

—Yo, á nombre de papá, que es acreedor de la casa Armida y Valenzuela, afirmo que cuanto dice el licenciado Basurto y Quintanilla, es muy bien dicho; que estoy enteramente conforme con cuanto se ha acordado, y que se lleven al payo á Belén si continúa insultándonos.

Víctor que creyó por un momento que sus palabras habían despertado la dormida virilidad de algunos de los concurrentes, quedóse estupefacto ante la bajeza del lagartijo y trocando luego la estupefacción en justa cólera, miróle con hondo desprecio y dirigiendo altivo una mirada en su derredor, clamó indignado:

—¡Me voy, porque me dais asco!
Y con paso firme y seguro salió de la sala.

Apenas había salido el provinciano, uno de los concurrentes decía: le seguiremos; el otro: castigaremos su insolencia; aquél: me batiré con él; pero nadie dió un solo paso fuera del salón.

—Calma, señores, dijo el Síndico, ¿quién hace caso de ese serrano mozalvete que bajó de las montañas del Norte?

—¡Bien dicho, bien dicho! clamaron todos y trocóse la ira en críticas y risas.

El síndico citó á los concurrentes para el día siguiente á las cuatro de la tarde para que firmaran la escritura.

Despidiéronse los acreedores y en grupos se diseminaron por la calle.

—La verdad es, murmuró el lagartijo que habló en nombre de "papá," que el crédito de Menéndez y Quijar, ni es depósito ni tiene preferencia ninguna, pero ¿quién va á echarse encima el rencor de semejante enemigo y del señor licenciado Basurto? ¡Dios me libre! Dejarían á papá en un petate. Y "mutatis mutandis," todos los acreedores decían lo mismo.

V

El primer paso de Víctor al salir de la casa del licenciado Basurto, fué dirigirse á la Notaría de Palacios, y á pesar de los repulgos del Notario revocó el poder que le había conferido al licenciado Pereira, pues temió que la acórdada escritura se firmase sin su consentimiento por el licenciado.

Fuése después á una farmacia donde solía pasar algunos ratos conversando con el propietario y sus amigos. Allí le habían presentado á un joven practicante de derecho con quien simpatizó y alguna vez, aunque someramente, hablóle del negocio que le había llevado á la capital. Ese día estaba allí el practicante y refirióle circunstanciadamente cuanto le había pasado. El estudiante de derecho indignóse sobremanera y temió como Víctor, que la escritura se firmase y obligaran á éste á seguir un litigio largo y dispendioso.

Los hechos se verificaron como lo habían previsto los dos amigos; la escritura se firmó por el licenciado Pereira en representación de Víctor á pesar de haberle revocado el poder, pues la notifica-

ción se le hizo después de firmada la escritura.

Eugenio, el joven practicante, exaltóse tanto como Víctor ante aquella estudiada maldad y ofrecióle gratuitamente sus servicios.

Desde ese día empezó una lucha titánica entre el derecho y la intriga. De una parte la justicia y la intrepidez, de la otra la influencia y la tiranía.

La prensa honrada, que, aunque escasa, la hay aún por divina misericordia, publicó con el carácter de remitidos los primeros artículos de Eugenio y después haciendo causa común con Víctor, tomó á pechos la defensa de éste. El escándalo tuvo gigantescas proporciones y sacábase á la pública vergüenza aun muchas ya olvidadas injusticias judiciales.

Una mañana acababa Víctor de desayunarse, cuando le anunciaron la visita de dos jóvenes. Recibiéndolos con amabilidad y éstos, graves y ceremoniosos, expusieronle que iban á nombre de un hijo del licenciado Basurto á pedirle satisfacción por ciertas palabras publicadas en un diario y que el hijo del perpetuo senador había juzgado ofensivas para su padre. Exigían los visitantes que á la mayor brevedad retirara tales palabras y diera al agraviado cumplida satisfacción ó que

nombrara en el acto padrinos con quienes entenderse para fijar las condiciones de un duelo.

¿Era aquello un ardid para callar á Víctor ó formalmente se había decidido un duelo? Víctor creyó lo primero é irguiéndose altivo contestó á los jóvenes, en uno de los cuales reconoció al adulator lagartijo que asistió á la junta en la casa del licenciado Basurto:

—No me bato ni con ese farsante en nombre del cual vienen ustedes, ni con ningún otro, porque el duelo es un crimen castigado por las leyes divinas y humanas. En cuanto á lo escrito en el diario, escrito queda y no alteraré la verdad en un sólo ápice. Pueden ustedes decir á su ahijado que no le temo y que estaré prevenido contra sus asechanzas.

—El honor exige reparación inmediata; ó satisfacción ó sangre, dijo uno de los jóvenes.

—Mi honor está immaculado y no lograrán ustedes mancharlo. Hemos concluído, ni una palabra más sobre el asunto.

—Su honor immaculado, y... El lagartijo que empezaba á hablar no pudo concluir la frase. Víctor abalanzóse hacia él con los puños cerrados en amenazante actitud.

—Silencio, comediante, le dijo, ni una palabra más ó arrojo á usted por el balcón. Y el lagartijo, pálido como un muerto, calló prudentemente.

Luego, con el relámpago de la ira en los ojos, el payo señaló á los jóvenes la puerta del cuarto.

—Salgan ustedes les dijo, ó los obligaré á salir.

—Esto tendrá su castigo, atrevióse á murmurar el compañero del lagartijo, pero ambos salieron del cuarto y bajaron á saltos la escalera del hotel.

VI

Aquel suceso no pasó desapercibido. Un mozo del hotel fué el primero en propagarlo y al siguiente día era el tema de todas las conversaciones y los periódicos comentaban la escena. Víctor, elogiado por unos y censurado por otros, andaba en lengua de todos y bautizáronle con el apodo de Molde de Antaño, y por contraposición al provinciano, llamaron al lagartijo Molde de Hogaño.

El litigio iniciado por Eugenio continuaba con más ardor. Algunos días después del narrado suceso, presentóse á Víctor un abogado proponiéndole una

transacción á nombre del licenciado Basurto.

El payo comprendió en el acto que la pública opinión le era favorable, pues la verdad y la justicia se imponen aun en tiempos de general corrupción y algunos amigos habianle asegurado que el escándalo llegaba ya hasta las altas gradas del poder y que éste, para calmar la excitación de las pasiones, ordenó al licenciado Basurto arreglara aquel negocio á la mayor brevedad posible.

Victor se negó terminantemente á todo arreglo y no hubo remedio. Pocos días después recibía íntegro su depósito y la algarabía de la prensa terminó por un elogio al Síndico pagado por él mismo, según afirmaban los que tenían datos para asegurarlo.

Eugenio, que empezaba su carrera, decidióse desde entonces á luchar siempre por las buenas causas, pues aprendió que aun en los calamitosos tiempos de las avasalladoras influencias y de las cuotidianas injusticias, tienen triunfadora fuerza si con energía y constancia se las defiende.



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

¡De qué pequeñeces dependen en ocasiones la felicidad de esta vida! Otiha hubiera sido completamente dichosa sin una costumbre, para vencer la cual, no tuvo energía suficiente.

Cuando aún no brillaba para ella la luz de la razón, apenas dejaba el pecho de su madre, chupábase el dedo índice, forjándose la ilusión de que se hallaba en el materno regazo. La madre decidió al principio corregirla y cuando quiso cortar el mal era ya demasiado tarde.

El primer castigo que recibió la niña debiólo á tal costumbre. Cuando fué á la escuela, las alumnas que frecuentemente la sorprendieron chupándose el dedo, burláronse de ella. Aquellas burlas le arrancaron copiosas lágrimas, pero no la corrigieron. Ya en la adolescencia muchas ami-